

EL PENULTIMO REQUIEN DE FERNANDO SAVATER

Mario Paoletti

Fernando Savater.
Diario de Job.
Ediciones Cátedra.
Madrid, 1983.

La sinceridad no es un presupuesto de la Política, arte que exige las insinceridades de la negociación y que se lleva mejor con las medias verdades que con las verdades enteras, pero por la sinceridad suele pasar la coherencia individual —y hasta la salud mental— de los políticos, que son el instrumento de la Política.

Más allá de toda otra consideración, el *Diario de Job* lleva la práctica de la sinceridad hasta niveles poco habituales entre nosotros (*nosotros* es toda la Política que se hace en español), llegando a veces a rozar el ensañamiento consigo mismo. Fernando Savater ha afrontado esta obra con gran coraje cívico e intelectual, a sabiendas de que se estaba metiendo en un camino que ineluctablemente le llevaría al desnudismo ideológico, sus grandezas y sus miserias, que es una actividad que suele provocar iras a diestra y siniestra por lo que tiene de humanamente perturbador y de políticamente peligroso.

Para sostener el edificio de sus reflexiones Savater inventa un escenario y unos personajes que intentan ser alegóricos y que se quedan —como en las peores novelas de Sar-

tre, con cuyo proyecto el *Diario de Job* tiene algunos puntos de contacto en meros apoyos de las opiniones y contraopiniones del autor. Hay un Cráter, que es a la vez un símbolo de la sociedad de consumo (Job es presentado como el solitario habitante de un vaciadero lleno de plásticos despanzurrados pero indestructibles, de televisores muertos, de condones mancillados, de ejemplares de aquella novela que fue aquella película) y del caldo original («quizá todo esté comenzando de nuevo en este charco verdoso, propenso a la corrupción y por tanto a la vida»), a donde Job ha ido a buscar refugio para purgarse «de todas las consignas y de la obsesión de la militancia». Por supuesto, Job es leproso (coquetería que Savater podría habernos evitado), y por supuesto Job es Savater. Este acuerdo es fundamental, porque si Job no es Savater nada de lo que se dirá aquí tiene sentido, y la propia obra carecería de relevancia. Lo cierto es que Savater nos cuenta —en primera persona— que Job es bizco, que de niño se divertía bañándose en San Sebastián, que fue militante antifranquista que abominaba de todo proyecto de Estado y que ejerció de polemista feroz, «sutil hasta el jesuitismo». El lector juzgará quién puede ser este personaje. Hay otros: *Elifaz*, que representa en cierto modo al reformista, al hombre que actúa en la política práctica desde el interior del poder; *Bildad*, un tiro al aire entre romántico y hedonista —que tendrá una muerte heroica, elegante e insensata—; *Sofar*, el terrorista; *Elihú*, metáfora de cierta juventud; el *Cosmócrator*, un símbolo del poder (¿a la manera de Adolfo Suárez?); *Azabache*, *Acacia* y *Paloma*, que sólo aparecen fugazmente; la *Esposa*, castrante y feroz, y el *Ogro*, que parece ser un fantasma personal e intrasferible

de Savater puesto que deambula por algunos pasajes del diario sin adquirir algún tipo de precisión física o alegórica, excepto de la que «mata por ráfagas» y que se le parece.

Es difícil saber si Savater armó estos andamios con el propósito de construir un edificio literario. Sea como fuere, lo cierto es que no consiguió pasar de ellos y allí quedaron tremendamente visibles y en algunas ocasiones constituyéndose en obstáculo para la fluidez del discurso. Esto no quiere decir que en *Diario de Job* no haya lugar para la Literatura. No sólo lo hay sino que en algún pasaje Savater alcanza niveles de excepción, como cuando reflexiona sobre los muertos y los sueños, en un párrafo de clara prosapia proustiana (página 104), o cuando construye una sugerente alegoría con los juegos de la niñez en la playa de La Concha, cuando el mayor placer radicaba en esperar la ola grande, sólo imaginada, porque sería la mayor de todas. «Y solíamos esperarla entonces, aún a riesgo de que la de atrás decayese antes de nacer o nos pillara demasiado avanzados o retrasados. Pero por muchas decepciones que sufriésemos casi nunca desoíamos a la voz que nos tentaba con la otra ola, con la invisible».

El cuerpo del libro —y del proyecto de Savater— está integrado pues por las polémicas que Job mantiene consigo mismo y con Elifaz, Bildad y Sofar. Esta discusión culmina en la página 149, cuando el propio Savater anuncia solemnemente: «Así pues estamparé mi réquiem...» (*). Veinte páginas antes también hay una confesión que en cierto modo completa esta declaración de principios, cuando dice: «(soy) del partido de los que creen en la maldad de los ricos pero sin estar convenci-

do en la bondad de los pobres. Del partido de los que saben que hasta el mejor de los órdenes acaba por pagarse antes o después. Del partido de los que ni recuerdan ni esperan, pero custodian dos o tres principios». Y a pedido de Elihú, Job expresa su máxima aspiración: «me gustaría ver un día de justicia en la tierra, al menos uno, aunque me pesara».

Todo hace presumir, pues, que con este libro (que originalmente no fue escrito para ser publicado, según afirma Job, aunque ignoramos si así pensaba también el autor) Savater se despide oficialmente de algunas utopías juveniles, y no tan juveniles, y en especial de aquellas que tienen que ver con ciertas formas de la violencia o con ciertas absolutas negaciones del Estado, es decir del Orden. Sin embargo, por este camino de sinceramiento Savater llega a algunas conclusiones que pueden pecar de los mismos defectos generalizadores de las utopías que acaba de extirparse, como cuando descubre que «el hombre es un animal cariñoso y más bien cobarde», que «los auténticamente libres son los desesperados, los que ya no esperan nada de las buenas maneras» o cuando afirma que «diez días sin televisión trastornan más a la gente que diez años sin elecciones parlamentarias». En esto último es imposible no percibir el eco de eso que se dio en llamar «el Desencanto», un fenómeno todavía no suficientemente estudiado, y que estaba hecho de las fantasías sobre la democracia que puede crear un pueblo oprimido por una dictadura. Es el desencanto ante la comprobación de que tampoco ese es el Paraíso, olvidando, a pesar de la advertencia de Proust, que los únicos verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido.

Pero la honestidad intelectual de Savater está dada principalmente no por las opiniones de Job sino por las réplicas de los otros personajes. Alguien menos probo hubiera armado el discurso de los comparsas pensando en el exclusivo lucimiento de los argumentos jobianos. En este diario no sólo no es así sino que en ocasiones las opiniones de los otros parecen ser más sólidas que las del propio Job-Savater, de manera que bien podríamos estar asistiendo a la aparición de un libro que permite, llevando la dialéctica a su colmo, crear al mismo tiempo dos corrientes de opinión contradictorias.

Al comienzo del libro, por ejemplo, Elifaz sostiene que toda la ideología de Job se desprende de su condición de privilegiado económico: «No creo que hayas sufrido nunca de veras por los males de este mundo, pues son ellos precisamente los que te permiten desempeñar el elegante papel de censor. Lo único que jamás perdonarían al orden cósmico es que no te diera oportunidad de lucirte». Más aún: «Llega un momento —dice Elifaz— en que es preciso aceptar pagar el precio de las cosas que amamos y sin las que no quisiéramos vivir. No puedes jugar permanentemente a la contra o a la indiferencia, confiando en que otros apechugarán con la administración y defensa de lo que a fin de cuentas necesitas», argumentos demolidores contra cierto acratismo elegante que se refugia en una teoría químicamente pura del desprecio sólo para no ensuciarse las manos en tareas tan subalternas como conseguir que el correo funcione o que las basuras sean recogidas.

Las reflexiones de Savater son un buen marco de referencia para la discusión que se está dando en el interior del li-

derazgo político progresista en Europa, donde las condiciones objetivas siguen pasando por ahora en torno a objetivos que presuponen que es posible mantener el modelo de bienestar económico que presidió los últimos veinte años (y que la actual crisis, con su desaparición o su empeoramiento se ocupará de confirmar o no), pero se cometería un grave error extendiendo la validez de algunas de estas elucubraciones a zonas del mundo donde la Realidad obedece a otros parámetros y donde el hambre, la tortura y el genocidio son moneda corriente. Lugares, en fin, donde la vida de un hombre no vale nada, en contraposición con esta Europa donde el concepto ideológico dominante es que nada vale la vida de un hombre. En Asia, en Africa, en América Latina, hay ahora mismo pueblos enteros que tratan de acceder a las libertades democráticas mediante la lucha armada, ante la obturación de todos los otros caminos. Allí es tremendamente difícil establecer el límite entre violencia justa e injusta o entre medios moralmente aceptables o inaceptables, entre otros motivos porque las guerras suelen tener su propia moral, fijada por las circunstancias. El que lucha por su vida no suele perseguir la verdad sino simplemente la sobrevivencia.

Pero, por otra parte, hay en el esquema de Savater una incoherencia insuperable: mientras por un lado expresa su absoluta desconfianza por toda acción política «foquista», elitista o iluminada, de la que serían su máxima expresión los grupos terroristas, al mismo tiempo descrece también de las mayorías («nada podrá convencerme íntimamente —aunque lo acepte por principios ético-políticos— de que algo conveniente o noble puede surgir de la berreante ma-

yoría». Si el camino no pasa por las vanguardias ni por la democracia, no es fácil saber qué se está proponiendo.

Es especialmente doloroso para el lector el tercer capítulo, en el que Savater lleva hasta el límite de lo soportable los recuerdos de una niñez presidida por el odio a sí mismo («lloraba a veces durante la noche por ser tan obvia e inapelablemente feo») y la sensación de ser «un anormal, un bicho raro, un bicho sin gracia de los que no gustan ni a sus madres», que lo lleva a la conclusión de que «lo que hay en nosotros de realmente odioso es lo que no podemos remediar». También la Esposa cumple un rol de arbitraria mortificación, tratándole de homosexual, culpándole «de cargar a la izquierda, como los idiotas» (revelación que ha preocupado seriamente a quien esto escribe y que también carga a la izquierda) y acusándole de buscarse golfas «para hacer tus cochinaditas de conejo minusválido».

Por lo demás, el libro está esmaltado de múltiples rasgos de ingenio, como cuando desnuda las paradojas contenidas en lugares comunes como «madre patria» o «espíritu de cuerpo», o cuando afirma que «el infierno es la belleza definitivamente fuera» y que la vanidad suele ser la última forma de optimismo; o cuando nos descubre que los grandes acontecimientos históricos son siempre benéficos porque «de vez en cuando hay que cambiar de futuro».

El diario de Job parece ser, en fin, el réquiem de un filósofo a cierta militancia en las filas del mesianismo. El nuevo Savater cree que «si no hubiera administración la vida sería aún más monótona de lo que es» y que «la espontaneidad es el argumento de los ociosos y los indisciplinados». El nuevo Savater conserva la vocación de corregir lo real pero ahora carece por completo «de la urgencia de castigar». El nuevo Savater cree

que «ciertos medios contaminan los fines que se alcanzan a través de ellos» y que «lo que ha de defenderse al precio de la barbarie no merece ser defendido», pese a que no ignora que en este mundo no hay forma de conseguir lo que se desea más que pagándolo con lo que no se desea.

El nuevo Savater, en suma, parece haber resuelto desoir definitivamente las voces que tientan con olas invisibles y conformarse con las vulgares olas de la realidad.

(*) El réquiem de Savater, textualmente: «Fui un tímido rebelde que por dentro siempre se consideró el auténtico guardián de lo que atacaba, fui un conservador empujado a la sublevación al ver postergados o impedidos los valores que quería conservar, fui negador (por cariño y fascinación) de un mundo que adoraba y del esplendor de esta vida que pese a todo no consigo dejar de agradecer».